

DIETRICH BONHOEFFER

Cristo, Señor de los no-religiosos

“¿Cómo puede Cristo llegar a ser también Señor de los no-religiosos” en un “mundo adulto”, para el que “la hipótesis de Dios” resulta ya superflua? Ésta era la preocupación, a la vez existencial y teológica, del último Bonhoeffer en sus cartas de la cautividad. El autor del presente artículo, que ha publicado recientemente un opúsculo que lleva como subtítulo “Del penúltimo al último Bonhoeffer”, nos acerca a la última etapa de su vida y al testimonio de su muerte como discípulo de Jesús.

Dietrich Bonhoeffer, Seigneur des non-religieux, Études (2001) 371-382.

A partir del 5 de abril de 1943, en que fue encarcelado, Bonhoeffer no se encuentra en medio de universitarios y seminaristas, sino con prisioneros, hombres “no-religiosos” que pasan de Dios. La carta del 30.04.1944 marca un corte en su vida y en su pensamiento: ya no espera para él un cambio de situación. Las bombas amenazan con destruir la prisión de Tegel. Sabe por experiencia que “el mundo está determinado por poderes contra los que la razón no puede nada”. Sin embargo, se encara con el porvenir, no tanto el suyo como el de la humanidad y el del cristianismo. Es en este contexto en el que se pregunta *teológicamente* y de forma programática: “¿Cómo hablar del cristianismo al margen de todo lenguaje religioso? ¿Cómo hablar de Dios sin religión?”

Un lenguaje renovado

Si en la carta del 30.04.1944 formulaba Bonhoeffer estas preguntas, en la del 5.05.1944 esboza una respuesta: hay que hablar de Dios “en la mundanidad” (*weltlich*: en la realidad de este mundo), tal como habla de Dios el AT, o sea, en la finitud y en las pasiones humanas, en el límite y en la realidad de las cosas, como lo que hace que el mundo sea mundo, mientras que el *a priori* metafísico impone al mundo hablar de Dios como fuera y más allá de los límites. Escribe Bonhoeffer: “En este momento, mi reflexión se centra en cómo se podría renovar “laicamente” (*weltlich*: en la mundanidad) –en el sentido del AT y de Jn 1,14- la interpretación de conceptos como arrepentimiento, fe, justificación, nuevo nacimiento, santificación”. Para él, en el AT, el más allá y la victoria sobre la muerte se viven siempre “en el más acá” (*Diesseitigkeit*) y remiten al hombre a la finitud en la historia.

En el *Esbozo de un estudio*, redactado en prisión, a propósito del tema *mundanidad* (*Weltlichkeit*) y *Dios* escribía Bonhoeffer que “nuestra relación con Dios no es una relación ‘religiosa’ con el ser más elevado, más poderoso, que se pueda imaginar –ahí no está la verdadera trascendencia-, sino que consiste en una nueva vida ‘para los demás’, en la participación en la existencia de Jesús. No son las tareas infinitas e inaccesibles las que constituyen la trascendencia, sino el prójimo que hallamos en nuestro camino”.

“El mundo, mayor de edad”

Entre el 30 de abril y el 18 de julio de 1944 toma Bonhoeffer una conciencia cada vez más aguda de que, a consecuencia de una evolución histórica producida principalmente por el siglo de las Luces, *el mundo ha llegado a su mayoría de edad, ha adquirido una cierta autonomía, una autosuficiencia en numerosos ámbitos, y esto de manera irreversible.*

El mundo ha aprendido a resolver todas las cuestiones importantes sin apelar a la “hipótesis Dios”. Y esto vale –para Bonhoeffer- no sólo para las cuestiones científicas y artísticas, sino también para las éticas e incluso para las religiosas. Como en el ámbito científico, también en el humano, Dios es empujado cada vez más lejos, fuera de la vida: él pierde terreno

Bonhoeffer analiza esta nueva forma, que adopta el ateísmo en la modernidad. Hay en él un desplazamiento significativo: no se trata tanto de la negación de la existencia de Dios como de la afirmación de su inutilidad. Cuando el mundo era “menor de edad”, la “hipótesis Dios” poseía todavía su utilidad. Pero, alcanzada la mayoría de edad, el mundo pasa fácilmente de Dios. Es lo que Bonhoeffer constata en el contexto arreligioso de la prisión, sensible a este ateísmo *práctico*. Y da su diagnóstico:

“Las personas religiosas hablan de Dios cuando los conocimientos humanos (a veces por pereza) chocan con sus límites o cuando las fuerzas humanas fallan. En el fondo se trata de un *deus ex machina* que ellos hacen salir a escena para resolver problemas aparentemente insolubles o para intervenir en ayuda de la impotencia humana. En una palabra: explotan siempre la debilidad y los límites de los seres humanos. Evidentemente, esta manera de actuar sólo puede durar hasta el día en que los seres humanos, con sus propias fuerzas, harán retroceder un poco sus límites y en que el *deus ex machina* resultará superfluo.”. Y prosigue:

“Me gustaría hablar de Dios, no en los límites, sino en el centro, no en la debilidad, sino en la fuerza, no a propósito de la muerte y de la falta, sino en la vida y la bondad del ser humano. En los límites, me parece preferible callarse y dejar sin resolver lo que no tiene solución (...). Dios está en el centro de nuestra vida, estando más allá de ella.”

Bonhoeffer piensa a Dios en la positividad, en el centro de la realidad. El Dios viviente ha creado y crea el mundo. Éste posee su autonomía. Reposa en la mano de Dios. Y por esto Dios no tiene necesidad de intervenir en él de modo visible o milagroso. Pues, como Creador que es, constituye el centro absoluto de la realidad.

Bonhoeffer pone en guardia al teólogo contra toda apologética que intente probar a este mundo adulto que no puede vivir sin el “tutor Dios”. “Desearía llegar –escribe- a que Dios no sea introducido fraudulentamente por un vericuelo hábilmente disimulado, sino que se reconozca simplemente el carácter adulto del mundo y del ser humano.” La *mayoría de edad* hay que comprenderla *positivamente*, “mejor de lo que ella misma se comprende, mediante Cristo y el Evangelio”.. Y esto sin intentar “camuflar el ateísmo del mundo; por el contrario, es preciso quitarle el velo. Y es justamente así como cae sobre el mundo una luz sorprendente. El mundo adulto es un mundo sin Dios y por esto acaso está más cerca de Dios de lo que lo estaba el mundo menor de edad”.

“Etsi Deus non daretur”

Partiendo de la constatación empírica de la mayoría de edad del mundo, le dio Bonhoeffer una interpretación teológica con miras no sólo a la humanidad, sino también a la cristología, invitando a nueva comprensión del ser humano y de Dios, que encuentra su fundamento en la cristología:

“No podemos ser honestos sin reconocer que es necesario que vivamos en el mundo *etsi Deus non daretur*.(...). Llegados a la mayoría de edad, hemos de reconocer de forma más verdadera nuestra situación ante Dios. Dios nos hace saber que es preciso que vivamos como seres humanos que llegan a vivir sin Dios. ¡El Dios que está con nosotros es el que nos abandona (Mc 15,34)! El Dios que nos deja vivir en el mundo sin la hipótesis de trabajo ‘Dios’ es aquél ante el cual estamos constantemente. Ante Dios y con Dios vivimos sin Dios. Dios se deja desalojar del mundo y clavar en cruz. Dios es impotente y débil en el mundo y sólo así está con nosotros y nos ayuda. Mt 8,17 nos indica claramente que Cristo nos ayuda, no por su omnipotencia, sino por su debilidad y sus sufrimientos.”

“He aquí la diferencia decisiva con todas las demás religiones. La religiosidad del ser humano le remite en su miseria al poder de Dios en el mundo: Dios es el *deus ex machina*. La Biblia le remite al sufrimiento y a la debilidad de Dios. Sólo el Dios sufriente puede ayudar. En este sentido, se puede decir que la evolución del mundo hacia la edad adulta, haciendo tabla rasa de una falsa imagen de Dios, libera la mirada del ser humano para dirigirla hacia el Dios de la Biblia, que adquiere su poder y su lugar en el mundo por su impotencia.”

Ésta es la radicalización *cristológica* operada por el último Bonhoeffer. El argumento cristológico es el de la redención en la pasión y crucifixión de Cristo. Dios ya no es el *deus ex machina* pretendidamente todopoderoso, hecho a medida de nuestras concepciones del poder, al que se puede apelar cuando uno está escaso de soluciones, sino que el Dios de la Revelación es el que nos abandona, el que nos salva por su receso y su impotencia en este mundo. Éste es el Dios revelado, el Dios que ninguna sabiduría humana, ninguna religión, se ha atrevido a proponer. Pero hay que pesar las palabras: “Dios nos hace saber que es preciso vivir como seres humanos que llegan a vivir sin Dios. El Dios que está con nosotros es el que nos abandona. El Dios que nos deja vivir en el mundo sin la hipótesis de trabajo Dios, es aquél delante del cual estamos constantemente”.

Advirtamos que Dios continúa siendo el sujeto de todas las fases. Ni el cristianismo se convierte en ateísmo ni el ateísmo en cristianismo. Es la experiencia del ateísmo del mundo, llegado a su mayoría de edad, la que alcanza aquello que la Revelación cristiana tiene de único y que acontece en la cruz: es en la experiencia del receso de Dios como el ser humano se deja alcanzar por Dios. Igualmente, “vivir en el mundo *etsi Deus non daretur*”, o sea, como si Dios no fuese dado (se sobreentiende: como “hipótesis”), para el último Bonhoeffer, significa, no “como si Dios no existiese”, sino que Dios no puede ya ser presupuesto, precisamente en un “mundo llegado a la mayoría de edad” y arreligioso, para el cual “la hipótesis de Dios” resulta, en lo sucesivo, superflua.

“La disciplina del arcano”

Hasta tres veces menciona Bonhoeffer la “disciplina del arcano”. “Es necesario - escribe- restablecer una *disciplina del arcano*, por la que los misterios de la fe cristiana deben ser protegidos de la profanación”. Por analogía con la Iglesia antigua que no presentaba los misterios cristianos sin una larga iniciación, es preciso no mezclar la consolación de Dios con las realidades dramáticas del ser humano ni separar el cristianismo de la realidad.

Para el último Bonhoeffer, el cristianismo y la Iglesia no se diluye en el mundo, sino que la Iglesia sigue siendo una Iglesia de bautizados en Cristo, cuyo testimonio será precisamente oculto: “Nuestro ser cristiano no puede tener hoy sino dos aspectos: la plegaria y la acción por los seres humanos según la justicia(...). La vida de los cristianos será silenciosa y oculta. Pero habrá seres humanos que orarán, actuarán con justicia y esperarán el tiempo de Dios”. La Iglesia es siempre Cristo bajo forma de comunidad, escondido entre los seres humanos, existiendo “para los demás”. Y viviendo de la *sola gracia*.

Para Bonhoeffer, hay asimismo una necesario *pudor* o interioridad de la fe, que no tiene nada que ver con la ostentación religiosa y que, por el contrario permite una presencia en el mundo más profunda y respetuosa de su autonomía. En una carta expresa así su malestar en presencia de los que hablan en una “terminología religiosa”:

“Me pregunto a menudo por qué un *instinto cristiano* me inclina con frecuencia hacia las personas que no son religiosas, más bien que hacia las que lo son. Y esto no con una intención misionera, sino casi *fraternalmente*. Mientras que, frente a personas religiosas, con frecuencia no me atrevo a pronunciar el nombre de Dios –porque tengo la impresión de que produzco un sonido falso y de que no soy honesto- (...) frente a personas no religiosas puedo ocasionalmente nombrar a Dios con toda tranquilidad y como algo que cae por su peso”.

Las realidades “últimas” y “penúltimas”

Por “realidades últimas” entiende Bonhoeffer el acontecimiento de la Revelación en Cristo y por “realidades penúltimas”, el mundo en que vivimos. Ahora bien, Cristo, la última Palabra que no pasará jamás y que pone su sello en todas las cosas, no sólo hace que “lo penúltimo” –las realidades humanas ordinarias y banales de la existencia- se presente, sino que se remite continuamente a ello. Para él, la fe nos remite, no a unos problemas religiosos, sino a nuestras tareas humanas: “Nuestra mirada se dirige hacia las realidades últimas, pero tenemos todavía nuestras tareas, nuestras alegrías y nuestros sufrimientos en esta tierra”.

“Solo si se ama la vida y la tierra lo bastante para que todo parezca acabado cuando ellas están perdidas, se tiene el derecho de creer en la resurrección de los muertos y en un mundo nuevo (...). El que quiere pasar inmediatamente al NT, a mi juicio, no es cristiano (...). La última palabra no debe preceder a lo penúltimo. Vivimos en las realidades penúltimas y esperamos, en la fe, las últimas.”

Bonhoeffer utiliza aquí un argumento *a fortiori* –“Sólo si... para significar que Cristo, con su santidad, no arrasa lo que precede, sino que asume y culmina infinitamente lo que ya era “bueno”, y en lo que él se apoya, superándolo, revelando así de nuevo el “precio”. Lo que hay de último y definitivo en la Revelación de Dios, precisamente *en el hombre Jesús*, no anula ni la realidad ni el valor –únicos- de lo que es “penúltimo”, terrestre, provisional y frágil, sino que lo eleva y lo “salva” para darle gratuitamente todo su valor. En este sentido, ya que lo “último”, que es Cristo, remite a lo “penúltimo”, que es el mundo con sus tareas humanas, “Cristo puede llegar a ser también el Señor de los no-religiosos”.

Llegar a ser “un ser humano, un cristiano”

Antes de desentrañar el contenido de la carta del 21.07.1944, conviene recordar el contexto: desde la prisión de Tegel, Bonhoeffer escribe a su amigo Bethge, el día siguiente del complot abortado contra Hitler, en el que él estaba implicado. Sabe que apenas queda esperanza para él, no sólo de salir en libertad, sino también en vida. Ahora bien, durante su cautividad encuentra personas que, sin invocar a Dios, permanecen profundamente humanas hasta el fin. Es en este contexto en el que él prolonga su cuestionamiento teológico: “¿Cómo puede Cristo llegar a ser también Señor de los no-religiosos?”.

En esta carta Bonhoeffer constata positivamente el proyecto del hombre moderno de llegar a ser humano sin “Dios”, sin un “Dios” que deshumanizaría, indicando al mismo tiempo el camino de humanización al que conduce el proyecto de llegar a ser más humano con el Dios revelado en el *hombre Jesús*. Recuerda que “el cristiano no es un *homo religiosus*, sino simplemente un hombre, como Jesús era un hombre por contraposición a Juan Bautista”.

Conviene evitar un malentendido. Sería un contrasentido tomar al Bonhoeffer de 1944-45 por un teólogo que anunciase un cristianismo secularizado, un humanismo modelado sobre el ateísmo, en que Jesús sería una referencia histórica entre otras. Bonhoeffer no se convierte en ateo. Hay que pesar todas las palabras de la carta del 21.07.1944:

“El cristiano es terrestre, no de manera anodina y banal, como la gente ilustrada, eficaces, indolentes o lascivos, sino que es disciplinado y el conocimiento de la muerte y de la resurrección está siempre presente en él. Creo que Lutero vivió de esta forma”.

Afirmar que “el cristianismo no es de este mundo” significa –para Bonhoeffer- que no es una religión, la cual : 1) apoyándose sobre un presupuesto *metafísico*, apunta a un más allá del mundo para huir de la realidad de este mundo; 2) apoyándose sobre el presupuesto de la *interioridad* o “alma”, por oposición a la exterioridad y a la historia, conduce al individualismo y a la autosatisfacción por las propias obras; 3) apoyándose sobre el presupuesto de la *parcialidad*, la religión se reserva un ámbito separado de lo profano: lo sagrado.

Pues bien, para Bonhoeffer, es ahí todavía donde la experiencia del ateísmo del “mundo que ha llegado a su mayoría de edad” alcanza el culmen de la *Revelación divina*. Pues, paradójicamente, Dios no se ha revelado en un hombre religioso en el triple sentido mencionado, sino en por y *como* un *ser humano (Mensch)*; no en un sacerdote, sino en “ser

humano sin más”; no en lo sagrado, sino simplemente en la vida humana. Jesús no es Juan Bautista: “Vino Juan Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y decís :Está endemoniado. Vino el Hijo del hombre que come y bebe, y decís: Mirad qué comilón y bebedor, amigo de recaudadores y pecadores”(Lc 7,33,34), o sea, de los “no-religiosos”.

Para Bonhoeffer, Cristo no es un hombre de lo sagrado, sino un *homo humanus*: un humano que vive lo humano con cada ser humano, revelando así la profundidad de gracia en lo interior mismo de lo *humano*. Para él, si Dios ha asumido plenamente nuestra humanidad en su Hijo, es *bueno* para el hombre ser hombre, llegar a serlo y seguir siéndolo, para ser, tras las huellas de Cristo, un hombre *con* y *para los demás*.

De la misma manera, si Dios lo ha creado todo y lo ha querido salvar todo en su Verbo hecho *carne*, todo lo que es *carne*, “la vida humana entera”, debe ser también el lugar de su presencia y no sólo el ámbito litúrgico. Es en este sentido como hay que comprender que “el cristiano es terrestre”. Consiguientemente, no es que el cristianismo esté reservado a una élite piadosa que crece al socaire de lo sagrado, sino que el cristiano sigue a Cristo convirtiéndose radicalmente en *hombre*, y no con las prácticas religiosas. En este sentido, “Cristo puede llegar a ser también Señor de los no-religiosos”. El “ser cristiano” recibe de la Encarnación su significado último: es llegar a *ser humano* en el sentido pleno de la palabra, y *seguir siéndolo* en el contexto deshumanizante de la prisión. En la misma carta escribe Bonhoeffer:

“Sigo aprendiendo que es viviendo plenamente la vida terrestre como uno llega a creer. Cuando se ha renunciado completamente a llegar a ser alguien –un santo o un pecador convertido o un hombre de Iglesia- (...), a fin de vivir en la multitud de tareas, de cuestiones (...), de experiencias y de perplejidades(...), entonces uno se pone plenamente en manos de Dios, uno toma en serio, no sus propios sufrimientos, sino los de Dios en el mundo, donde vela con Cristo en Getsemaní (...); es así como uno llega a ser un ser humano, un cristiano”.

Tal es la radicalización *cristológica* operada desde el ángulo de la humanidad de Dios por el último Bonhoeffer: llegar a ser un ser humano, y no sólo un “cristiano”, porque Dios mismo se ha revelado absolutamente en un ser humano –en Jesús- “con” y “por los demás”.

La muerte de Bonhoeffer, un lugar teológico privilegiado

Hasta septiembre de 1944, en la prisión disponía Bonhoeffer de libros, de posibilidad de escribir y de fumar. Después que el 22 de septiembre la Gestapo descubrió papeles comprometedores para el grupo de Resistencia al que pertenecía, el 8 de octubre es trasladado de Tegel a la prisión de la Gestapo en Berlín y de allí a Buchenwald y finalmente a Flossenbürg. En adelante cesan las cartas y se rompen los contactos con el mundo exterior. Bonhoeffer sabe que va a morir. Podríamos terminar donde acaban sus cartas. Pero su muerte nos parece un lugar teológico privilegiado para meditar y orar, como lo muestra el relato de quienes pudieron tener algún contacto con él. Un oficial se expresa así:

“Bonhoeffer era todo humildad y serenidad. Me parecía siempre que irradiaba una atmósfera de bondad, de gozo, a propósito de los más pequeños acontecimientos de la vida,

así como de profunda gratitud por el simple hecho de estar en vida (...). Fue uno de los raros seres humanos que he encontrado para el que Dios era una realidad, y siempre cercana.”

Un rabino, que no había conocido a Bonhoeffer, escribió a E.Bethge, después de la publicación de *Resistencia y sumisión*, que Bonhoeffer le había hecho comprender por primera vez que se puede amar a Jesucristo. El médico del campo, al que Bonhoeffer fue conducido para ser ejecutado, relata así su muerte:

“He visto (...) al pastor Bonhoeffer de rodillas delante de su Dios en intensa plegaria. La manera perfectamente sumisa y segura de ser escuchada, con la que este hombre extraordinariamente simpático oraba, me conmovió profundamente. En el lugar de la ejecución todavía oró, luego subió al cadalso. La muerte tuvo lugar en pocos segundos. Durante los cincuenta años que llevo de práctica médica no he visto morir a un ser humano tan totalmente abandonado en las manos de Dios”.

La muerte de Dietrich Bonhoeffer nos parece un lugar teológico privilegiado por cuanto, última y radicalmente, da testimonio de la unidad de la vida y del pensamiento de un ser humano, de un cristiano, de un teólogo: él realiza en su existencia lo que él ha pensado teológicamente. La inscripción grabada sobre la placa conmemorativa de la iglesia de Flossenbürg, donde fue ejecutado, -“Testigo de Jesucristo entre sus hermanos”- nos parece que expresa bien lo que Bonhoeffer no ha cesado jamás de ser durante su vida: un compañero de humanidad, el ser humano y el pastor que confiesa hasta el fin a Cristo, Señor.

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA